

## ACCÉSIT

**Autor: Miguel Ángel Gayo Sánchez**

### **BALTASAR Y LA MADRE QUE LO PARIÓ**

La primera vez que lo vi disfrazado de Papá Noel me pareció gracioso. ¡Un negrito vestido de lapón! Se llamaba Omar. Lo conocía del semáforo de la calle que me llevaba al trabajo. Allí vendía sus paquetes de pañuelos de papel. Siempre me llamó la atención la sonrisa nívea con la que recibía los síes y los noes de los conductores.

-La Navidad es tiempo de oportunidades -me contestó cuando resalté la incongruencia de que un africano negro como el tizón se hiciese pasar por un paliducho finlandés.

-Prueba con Baltasar -le sugerí.

«La Navidad es tiempo de oportunidades» dijo, pero a mi esta vez se me presentaba especialmente penosa. Mi hija me abandonaba para visitar a la familia de su novio francés, un pimpollo que conoció durante su erasmus en París.

-Sara, te perderás mi sopa de congrio con almejas que tanto te gusta -le dije para chincharla-. Esos franchutes comedores de queso te engordarán unos cuantos kilos.

Pero mi hija, paloma joven, ansiaba volar fuera del nido donde la críe en solitario.

También su padre voló lejos cuando ella era tan solo una niña. Fue de improviso, sin que las señales del deterioro de la convivencia conyugal se manifestasen.

La crianza de Sara me apartó de otros hombres a los que interesé, y que me interesaron. Pretendientes jóvenes y maduros, hombres dispuestos a romper su soledad, seres que buscaban el contacto con otra piel. Un contacto con el que algunas noches fantaseaba en los preludios de la duermevela.

En la rutina diaria del tráfico rodado, detenida en el semáforo donde Omar ofrecía sus pañuelos, alguien golpeó suavemente mi ventanilla.

-¡Baltasar! -dije mientras me esforzaba en contener la risa.

Omar se había agenciado un turbante blanco con un simulacro de gema lapislázuli en el centro, una capa de un antiguo disfraz de Superman y un saco al hombro de falso satén. Todos estos abalorios los superpuso sobre el antiguo traje de Santa Claus, en una mixtura motivada por el ahorro.

-No están los tiempos para el despilfarro -me dijo a la vez que mostraba su perfecta dentadura de hombre africano.

-Me hiciste caso. - Acepté uno de sus paquetes de pañuelos. Ese día mi voluntad resultó dadivosa.

Llegué a la agencia de viajes en la que trabajaba, olvidé el asunto y me ocupé de mis tareas. La gestión de un circuito por el Senegal para una pareja de recién casados me evocó la imagen de Omar con su ecléctico disfraz. Recordé una antigua conversa que mantuve con él durante los veinticinco segundos que tardaba la luz roja del semáforo en transmutar a verde:

-No todos los africanos llegamos remando en canoa. Yo vine en avión, en clase turista. Lo curioso es que el nombre de mi país, Senegal, significa «nuestra canoa». Y eso es lo que más deseo, regresar a la canoa donde

esperan los míos.

Saqué el paquete de pañuelos del bolso y lo guardé en el cajón inferior del escritorio. Allí se acumulaban una cantidad ingente de paquetes sin estrenar. ¡Y que nunca llegué a necesitar! Hacía mucho tiempo que dejé de llorar, y rara vez me resfriaba o acumulaba mucosidad. Si empecé a comprar los pañuelos fue por un sentimiento difuso de solidaridad con el necesitado. Pero lo cierto es que Omar, con su sonrisa y su jovialidad mañanera, alegraban por un instante el tedio de mi vida insulsa.

Organizar viajes para otros puede resultar horrible. Planificar al detalle la felicidad ajena termina por trastornar la propia.

-Menuda aburridera de Navidad se me presenta -comenté ante mis compañeros cuando surgió el tema de las celebraciones navideñas-. Sara se macha con el franchute y yo no estoy dispuesta a aceptar la invitación caritativa de mi hermana y tener que aguantar al pamplinas de su marido. Así que cenaré sola en Nochebuena.

Mamen, una compañera de trabajo casquivana e insidiosa, soltó uno de sus típicos consejos maldicientes:

-Pues te buscas un maromo que también ande solo por estos días y lo invitas a cenar.

¿Quizás ese tal, Omar del que tanto hablas?

Alcé la vista del ordenador y le clavé la mirada:

-No creo haber hablado mucho de ese chico en esta oficina.

Mamen sintió la carga de mis palabras y me esquivó durante la jornada. Yo anduve entretenida. En un receso, traté de contar las veces que menté a Omar en la oficina. Conté los paquetes de pañuelos que se apelotonaban en el cajón: dieciocho.

A la mañana siguiente, ya sentada en mi mesa de trabajo, sucedió algo inusual. Mamen se sonó los mocos con un pañuelo de papel de forma estentórea, como haciéndose notar. Observé el paquete de pañuelos. Parecían de la misma marca que los que ofrecía Omar. Su libidínosa sonrisa confirmó mis sospechas.

-No sabía que tuvieses que pasar por ese semáforo - solté de forma distraída, como haciéndome la longuis.

-No paso, me desvió -dijo ella-. ¡El cuerpazo de Baltasar bien lo merece!

«Capulla», pensé para mis adentros. Ya calmada, traté de entender la desmesura de mi reacción. ¿Qué me importaba que ella le comprase los pañuelos a Omar? O tal vez sí me importaba.

Durante toda la semana, Mamen aireó su paquete diario de pañuelos de papel. Se le empezaban a acumular en el cajón.

-¡El paquete de Baltasar! -suspiraba cada vez que colocaba el nuevo paquete sobre el montón.

Faltaban dos días para la Nochebuena. Volví a sacar el tema de la cena. Quería saber los planes de Mamen.

-Mi novio y yo lo acabarnos de dejar. Pero a rey muerto, rey puesto -dijo Mamen. Acto seguido se sonó los mocos con uno de los pañuelos de Omar, alias, Rey Baltasar.

«Capulla, capulla, capulla», maldije escondida en el cuarto de baño. Tiré de la cadena del inodoro para disimular. El sumidero se tragó el agua con avidez. Por un instante sentí que yo también sería succionada por

esa fuerza arrolladora.

Pero la Navidad es tiempo de oportunidades, me dije refrescándome la cara ante el espejo. Entendí, quizás ayudada por el frescor en el rostro, que negar las oportunidades que la vida te ofrece resulta, a la postre, una forma de traición a uno mismo.

Llegó el día de la Nochebuena. La contribución de la empresa al espíritu de la Navidad consistía en eximirnos de trabajar por la tarde. Así que madrugué y llegué la primera a la oficina. Mamen entró con enojo y ocupó su puesto sin el tradicional bamboleo de las caderas al que nos tenía acostumbrados. Fue entonces cuando aproveché para sacar de debajo de mi mesa el saco de Omar. Se lo acababa de comprar entero, con todos sus pañuelos dentro. Mamen se tuvo que ir de rositas esta mañana.

-Si necesitas sonarte los mocos, solo tienes que pedirme un paquetito -dije con retintín.

Pero por la noche tuve un sincero recuerdo de gratitud para con ella. Ocurrió durante la cena de Nochebuena. Omar había aceptado la invitación para cenar conmigo que le hice tras comprar el saco. Se presentó en mi casa vestido de caballero. Fue él quien me abrió los ojos:

-En Senegal decimos que algunas personas son como puentes. Se cruzan en nuestra vida para que salvemos las dificultades del camino.

Entonces alcé la copa y propuse brindar por mi compañera Mamen, auténtica persona puente, cuyo carácter casquivano alentó mi valor. También brindamos por nosotros dos y nuestro mundo lleno de pañuelos de papel. Y por la familia de Omar, allá en su canoa del Senegal. Y por mi hija Sara y su novio comedor de queso. Hasta tuve un pequeño recuerdo para mi exmarido y la fulana que ahora lo aguantaba.

Pero fue Omar, ya algo chisposo por la falta de costumbre, quien propuso el último brindis antes de que las velas se apagasen por una providencial corriente:

-¡Viva el Rey Baltasar y la madre que lo parió!